

La prosa de Cristina Rascón Castro es un deslumbramiento por su habilidad para decir entre líneas mucho más de lo que plasma y su redescubrimiento de un castellano que, como suele suceder a los escritores que conviven largo tiempo con una lengua extranjera, se le descubre y nos es descubierto a su vez como una fruta rara y deliciosa.

Cristina Rascón Castro

El agua está helada

# El agua está helada

Cristina Rascón Castro



9 789685 755337



**Sonora**  
Vamos por Soluciones

Instituto  
Sonorense  
de Cultura



**EL AGUA ESTÁ HELADA**  
**Cuento**



Instituto Sonorense de Cultura

*El agua está helada*

Cristina Rascón Castro

Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2005

Cuento

Primera edición 2006

ISBN 968-5755-33-7

Ing. Eduardo Bours Castelo

*Gobernador Constitucional*

Mtro. Horacio Soria Salazar

*Secretario de Educación y Cultura*

Dr. Fernando Tapia Grijalva

*Director General del ISC*

Lic. Iván Figueroa Acuña

*Coordinador de Publicaciones del ISC*

Edición: Gabriela Soto Soto

Ilustración: Rito Emilio Salazar, *Brincando en agua*,

acuarela en papel mate 28X26cm

Fotografía de solapa: Juan Casanova

Diseño: Aarón Lima

Texto de contraportada: Eve Gil

D.R. Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58. Col. Centro. C.P. 83000

Hermosillo, Sonora, México.

[www.isc.gob.mx](http://www.isc.gob.mx)

**EL AGUA ESTÁ HELADA**

Cuento

**Cristina Rascón Castro**

Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2005

## LA OTRA HISTORIA

La nieve, el silencio y todos sus poemas se estremecen al sonido del gong. El frío se queda fuera de sus venas, bailando al ritmo de un sutra que recomienza tras biombos y protocolos... *Amida Amida...* De vez en cuando una oleada de incienso despierta su nariz y los recuerdos... Siente una tierra húmeda y fría, sus dedos estrujando el lodo medio seco. Pero está de pie, sobre concreto. Frente a ella la opción de dejar sus zapatos en la entrada del templo y avanzar sobre el piso de madera. Su marido lejos, en el coche.

*Amida Amida...* La voz del monje y su silueta prohibida vibran detrás de los biombos en el templo. Ejercitada en haikus y tankas, la joven intenta hilvanar un poema que retrate ese momento en la montaña. Pero nada. Las sílabas se le pierden como listones en un huracán. Y se ve de vuelta con los dedos entre la tierra húmeda y fría.

El incienso es todo lo que se respira y paladea, un incienso de maderas. El fuego, al centro de la explanada, recibe ofrendas y manos cansadas. Eiko camina hacia la fogata suspendida a cosa de un metro sobre el suelo, en una mesita de asfalto. Concreto, zapatos cerrados, voces de turistas. No hay tierra, no ve manos en la tierra. Y sin embargo no le cuesta

## LA OTRA HISTORIA

La nieve, el silencio y todos sus poemas se estremecen al sonido del gong. El frío se queda fuera de sus venas, bailando al ritmo de un sutra que recomienza tras biombos y protocolos... *Amida Amida...* De vez en cuando una oleada de incienso despierta su nariz y los recuerdos... Siente una tierra húmeda y fría, sus dedos estrujando el lodo medio seco. Pero está de pie, sobre concreto. Frente a ella la opción de dejar sus zapatos en la entrada del templo y avanzar sobre el piso de madera. Su marido lejos, en el coche.

*Amida Amida...* La voz del monje y su silueta prohibida vibran detrás de los biombos en el templo. Ejercitada en haikus y tankas, la joven intenta hilvanar un poema que retrate ese momento en la montaña. Pero nada. Las sílabas se le pierden como listones en un huracán. Y se ve de vuelta con los dedos entre la tierra húmeda y fría.

El incienso es todo lo que se respira y paladea, un incienso de maderas. El fuego, al centro de la explanada, recibe ofrendas y manos cansadas. Eiko camina hacia la fogata suspendida a cosa de un metro sobre el suelo, en una mesita de asfalto. Concreto, zapatos cerrados, voces de turistas. No hay tierra, no ve manos en la tierra. Y sin embargo no le cuesta

esfuerzo percibir la nieve disolviéndose: una mezcla de placer y de tristeza; su mano asiéndose de la tierra como quien aprieta una sábana de hospital cuando el dolor es intenso.

Su marido claxonea desde el coche violeta.

Ya voy, ya estoy ahí —contesta Eiko. Pero todavía le toma unos veinte minutos desenredarse de los sutras y la tierra, del incienso y de la paz que percibe en el lugar. Y la tierra húmeda, qué olor, más fuerte que el incienso de maderas.

\*

Era la hora del mono, el sol descendía lento y la luz ya no molestaba la vista. Las habitaciones del palacio imperial se llenaban de música y de voces recitando poesía. Los nobles se distraían de las diarias ocupaciones moviendo fichas sobre un tablero. Las mujeres no se preocupaban ya de arreglar kimonos y cabellos. Hasta la servidumbre respiraba un aire de tranquilidad, toda labor de limpieza había sido terminada, algunas mozas lavaban su cara y pellizcaban sus mejillas para verse frescas y evadir coquetas la mirada del hombre que les cortejara.

Las damas-en-espera, cortesanas de alto rango, murmuraban risitas tras biombos y cortinas. Los caballeros caminaban pretendiendo no asomarse más allá de las persianas rozando el suelo. Pero curioseaban. Y las damas pretendían no cometer jamás la osadía de mostrar sus ropajes, las manos, su cabello a los

transeúntes. Mas no era difícil ver los colores de sus ropas tras las cortinas y su disputa con el viento.

La emperatriz había reunido a sus damas-en-espera detrás de una de éstas cortinas de madera. Hacía tanto frío que ordenó cerrar las rejillas de la persiana. Una joven sirvienta se acercó y dejó una canasta con madera y carbón en la entrada de la habitación. Tras disculparse por interrumpir deslizó la puerta de papel y se sentó en la entrada, en espera de alguna orden de su majestad o de su ama. Las mujeres estudiaban y reían con su soberana; habían sido invitadas a pasar la noche en un solo cuarto de tatamis, amplio y lleno de futones.

La joven, petrificada en la entrada, escuchó poemas en japonés y también en lenguas de otras tierras. Gustaba de repetir lo que se hablaba en la nobleza a las otras jóvenes de la servidumbre. Siempre despacio, siempre guardando algún secreto de su ama para el final, siempre en competencia con los rumores que las otras jóvenes poseían, quién sería la mejor informada al pardear la tarde, la de la historia más interesante, quién. Nunca había escrito nada y sus poemas los cincelaba en su memoria una y otra vez, sin recitárselos a nadie. ¿Para qué? Se reirían de ella... Un sirviente componiendo poesía, imposible.

—Dime, Shonagon —escuchó la voz de su emperatriz—. ¿Cómo es la nieve en la cima de Hsiang-lu?

La joven reconoció el idioma: chino, el lenguaje en que los hombres hablaban de guerras y de tratos de dinero. Las mujeres sólo usaban el chino para citar poesía antigua, pero ella de esa lengua no sabía nada y siempre terminaba repitiendo a sus amigas versos onomatopéyicos de su propia autoría. Escuchó que le llamaban. Al entrar a la habitación, Shonagon-sama le ordenó levantar una de las rejillas y enrollar la cortina hasta arriba. Al obedecer, un viento helado ciñó su rostro. La nieve se confundía con la blancura de las nubes bajas.

Su majestad sonrió. Las otras cortesanas sonrieron también, asentían y alzaban las cejas. Todas conocían ese poema pero fue su señora la única en actuar de forma rápida y mostrar a la emperatriz que levantando la cortina se obtendría la vista que tuvo el poeta de la nieve en la cima de Hsiang-lu. La joven se sintió orgullosa de su ama: Sei Shonagon.

De nuevo en la veranda, la joven imaginó haikus y contó sílabas con el ábaco de su mutismo. Los grillos le hicieron eco, y también un par de gotas de agua que rodaron musgosamente desde una roca. Las carpas en el estanque se ondularon cinco, siete, cinco veces y sintió que la naturaleza no era enemiga de nadie, ni siquiera de ella. Al terminar su nueva *uta*, la memorizó concienzudamente. Era un haiku sin naturaleza... No podía ser. Al menos no podía ser incluido en el libro de las estaciones.

Esta mi piel que encierra  
sueño y sonrisa  
bajo el silencio

Cuando la velada terminó Sei Shonagon y su ayudante regresaron al ala de la construcción donde la dama tenía su pequeño recinto. Era una habitación como la de cualquier otra dama-en-espera. Tenía una puerta hacia el corredor, desde donde se podían ver sus pies cuando se sentaba en la orilla del tatami, una ventana con cortinas y persianas y una terraza que sólo en raras ocasiones visitaba. Con biombos separaba su privacidad de la de su vecina. Con biombos, también, separaba su estudio y su futón cuando la noche llegaba. ¿Has visto la montaña de nieve al oeste del palacio? —preguntó Sei a la joven. Necesito que no se derrita antes del día quince, será mi regalo a la emperatriz. Tú serás responsable de ello.

\*

Tiene hasta el sábado por la mañana para terminar su nuevo libro de poemas y llevarlo al editor. Su marido prepara un *whisky* mientras Eiko revisa el borrador y se queja de las correcciones impuestas, sugeridas, subrayadas en rojo por quien ha de aprobar su trabajo.

—No me vas a decir que estás de acuerdo...  
—dice mostrando el texto.

- Ningún trabajo está bien a la primera.
- Claro que esta bien a la primera. Si no, no lo hubiera enviado. En todo caso son ellos los que me invitaron.
- Una tarjeta en una cena no es lo que yo llamo invitación.
- Claro que lo es.
- Me pregunto si ya leyeron tu trabajo.

Eiko finge estar demasiado concentrada para objetar. ¿Por qué siempre le parece que él tiene la razón? Intenta recordar nombres de amigos con talento que fracasan por relaciones... En fin, los nombres se le escapan pero ella decide estar segura que este mundo es de relaciones. La tarjeta va para el mejor escote, la mejor sonrisa, el mejor maquillaje, machaca en su cerebro. Entre poema y poema camina al espejo, retoca el rimel en cejas y pestañas, remide sus medidas y hace gestos de mujer triunfadora. El hombre bebe su *whisky* en las rocas y ríe sin disimulo.

– Erraste de profesión. Mejor te hubieras lanzado de cantante pop.

Tras la pantalla del ordenador la mujer dice en tono de nostalgia:

- ¿Crees que no soy buena?
- No lo sé. No has escrito lo suficiente como para empezar tu carrera... O dejarla.

– Esta todo aquí – dijo la joven señalando su cabeza.

– ¿Y qué hay del corazón? – dice el hombre sin señalar nada. Él no es escritor ni poeta sino chef de alto *gourmet*, el hombre con quien hace el amor todos los días y ve películas los domingos.

Eiko siempre ha escrito poesía cargada de métrica y domesticidad, acerca del mundo de la mujer moderna (aún en la cocina, de vez en cuando en escritorio o despacho) y exhibiendo una esgrima en el conteo de sílabas donde al final se encaja la espada triunfadora, no importa en dónde.

Pero desde que cumplió veintitrés años y en coincidencia con el matrimonio, siente que historias e imágenes que no son haiku ni tanka se le atraviesan por el cerebro, como luces en un túnel, meteoros sin freno. Una historia latente con olor a tierra...

\*

Shonagon seleccionaba sus sirvientes en dos tipos: los de afuera y los de adentro. Los primeros de buen ver, los segundos no importaban. Los primeros con ropa fina, los segundos no importaban. Los de afuera eran chóferes y mensajeros. Los de adentro eran cocineras y limpiadoras. Su sirvienta personal era algo en el medio.

A Sei no le importaba la ropa que usara su sirvienta, le concernían sus modales. Que no viera

jamás a los ojos al emperador y sus familiares, que no trajera comida cuando un caballero visitase su alcoba, que no le interrumpiera, que no hablase en presencia de las visitas ni aún estando en el cuarto contiguo. Su sirvienta sabía seguir esos criterios. Nunca quiso llamarla por su nombre. No sabía por qué exactamente. Esa mujer aún no tiene nombre, aseguraba la célebre dama-en-espera.

La señora tuvo ayer un visitante, era de noche, muy tarde –dijo la joven. Tocó la puerta durante mucho tiempo, muy fuerte. No tuve mas remedio que levantarme y abrir. El visitante dijo: “Anuncia a tu ama que el hombre que ha prometido venir ha llegado”. Yo le dije que usted ni se interesaría por un mensaje como ése y me fui a dormir otra vez.

Niña, niña... –pensó Shonagon. Tenía el carácter del dragón, no cabía en una sirvienta. Pero eso era y tenía que aprender a serlo. Sei sabía el nombre del visitante pero no lo dijo. Sabía que su criada iba a ir de chismosa por los corredores de la cocina así que dijo no tener la menor idea de quién fuera el intruso de sus sueños. Pero lo sabía muy bien: Tadanobu. El hombre de los poemas más hermosos, la voz más apropiada, el intelecto más refinado. Días más tarde Tadanobu mencionaría el episodio y le comentaría lo vulgar y grosera que era su sirvienta. Sei le diría entonces a Tadanobu que para un noble es un halago que una sirvienta se exprese mal de él. Si la criada se expresara bien de él, su reputación podría mermarse... Y, después de todo –dijo Sei– la gente

de esa clase nunca sabe como expresarse y termina haciéndolo de la peor manera, incluso cuando quieren decir algo bueno.

Pero Sei envidiaba la entrega de la joven a cada fervor en sus emociones. Una vez la descubrió leyendo uno de los poemas más queridos de su libro de cabecera, la voz era torpe y no seguía el estilo adecuado en la entonación. A Shonagon terminó por disgustarle ese poema. Hay pasiones que no tienen nada de artístico –le dijo a Tadanobu– se quedan en fuerte instinto de animalidad. Pero Sei ya no era joven, sabía que no podía recuperar esa pasión que fulguraba en la mirada de su sirvienta, quería tenerla cerca. Sobre todo ahora que preparaba el poema perfecto para ser leído cuando ganara la apuesta a la emperatriz. Esa montaña no se derretirá antes del día quince –sostuvo Shonagon en la última tertulia.

\*

– ¿Sabes quien va a estar ahí?

– ¿Ahí en dónde? –despierta el marido sin haber cerrado los ojos.

– En la cena del viernes

– Ah, la cena.

– La mujer que tanto dicen es la mejor poeta del año... Pero ella es narradora, más bien.

– Es la misma.

– No es la misma.

– La prosa es poesía sin reglitas.

— Ach. No entiendes nada.

— Como sea, ella puede escribir poemas y también prosa.

— ¿Por qué minimizas mis logros?

— No estoy minimizando nada.

— Sí estás, sí estás. Cuando dices *puede* . . .

— Escribe tus cosas si tanto te importa.

El hombre, décadas mayor, sabe que su paciencia no tolerara otro *whisky* servido con las frases de su esposa, náufraga en sus propios temores. Buenas noches y a dormir (el amor puede esperar hasta mañana).

Los poemas gritan como pollitos hambrientos. El borrador debe estar listo para el viernes y así entregarlo durante la fiesta, antes que los demás. Pero Eiko no sabe qué hacer con el ruido que proviene de sus páginas. Por distracción, riega las pocas macetas de la sala. Encaja una mano en la tierra y frota sus dedos por debajo de los grumos. Sus ojos se llenan de lágrimas, siente miedo.

\*

Shonagon escribía casi todos los días, acerca del sonido de los grillos, las caricias de la luna, la lluvia, las flores que nacen y mueren. Pero no mostraba a nadie su manuscrito. Cuando había que mostrar algún verso a la emperatriz cuidaba que tuviera la métrica perfecta, el tema más adecuado para la estación o

alguna referencia a las tardes en compañía de su majestad. Guardaba celosa su cuaderno en una cajita negra, bajo su almohada. La joven ayudante encontró el tesoro mientras limpiaba la habitación. Leyó rápidamente algunas páginas pero no entendió todos los ideogramas. Algunas veces sabía el significado, pero no el sonido.

Su ama ocultaba los encuentros con Tadanobu. Relataba actitudes en general, historias de un hombre que sale de la alcoba con prisa, el amor cuando inicia, cuando acaba. No confesaba su amor por el cortesano. Pero ella le había visto entrar varias noches, con capas y cobertores ocultando su rostro. Les había oído hablar con su código secreto y reír con bromas que sólo ellos entendían. Había escuchado a Tadanobu pedir a Sei sus amores en exclusiva y sin escondite. Pero ella dijo que no, que ella prefería seguir una relación alejada, intelectual, fiel. No quería perderlo como se pierde siempre al amor, al amante, a la juventud. Así lo dijo Sei y así lo aceptó el cortesano. La joven sirviente jamás revelaría lo que escuchó esa madrugada.

En su libro de cabecera, Shonagon-sama narraba episodios de la vida de la familia real en un lenguaje hermosísimo que parecía un poema pero no lo era. Nunca, sin embargo, había escrito una historia de ésas que las criadas repetían en las tardes lluviosas, historias de espíritus, de mujeres celosas, de príncipes de otros reinos. Había otra mujer en la corte que sí escribía historias de amores y familias que no eran los de la corte, historias que todos conocían de memoria,

historias que a todos, nobles y sirvientes, robaban horas de sueño tratando de desenredar motivos y finales. Eran las historias de Genji. Pero su ama jamás mencionaba el nombre de esa novela, ni el de su autora. En una hoja suelta Sei aseguraba que todos hablarían de ella y no de su rival, una vez que leyera su poema de nieve ante la emperatriz. Era poesía más allá de la palabra, era poesía desde y con la naturaleza, algo nunca hecho por artistas de la corte, exponía.

Shonagon abrió despacio la puerta. La joven del kimono gris había visto su diario. Lo sabía. La almohada estaba cayendo hacia la izquierda, apenas perceptible pero inclinada. El cuello de la moza enrojeció. Ni siquiera puede entenderlo, pensó indiferente la aristócrata. La dama extendió un kimono frente a ella. Extendió también dos batas de seda y una chaqueta china roja que contrastaba con el violeta claro del kimono.

—Esto —dijo Sei señalando los ropajes— es más que un adorno, es la esencia de quien lo viste. Quien no tiene belleza exterior tampoco tiene belleza interior.

La joven no pudo ver bien la tan hermosa combinación porque los ojos se le llenaron de lágrimas. Sus ropas, de un solo color, le decían que su voz debía ser de un solo tono, sus pasiones discretas y de tela magra, sus olores neutros, sus pensamientos llanos. Ayudó a su ama a vestirse y le acompañó hasta el carruaje que le esperaba.

La cabellera de la noble escritora ya no era tan larga como la de las cortesanas jóvenes. Pero a pesar de la edad, Sei conservaba una vigorosa mirada y su cabello espejeaba el negro de sus ojos en una cascada de niveles hasta la cintura. Al caminar con pasos tan cortos y delicados, su kimono parecía deslizarse como un fantasma. Hubo que extender una seda ante Sei Shonagon, la tierra húmeda era tan blanda que las sandalias de madera se hundían y la tela tocaba los tobillos. Los *tabi*, calcetas blancas, protegieron sus pies hasta que éstos quedaron ocultos tras la puerta de su carruaje. La montaña —escuchó la voz de Sei tras la rejilla. Cuida de la montaña.

El cabello de la ayudante de Sei era corto, como el de toda la servidumbre. No sabía en dónde encontrar su belleza. Si no es en la voz, ni en su cabello, ni en su ropa, ¿Dónde está la belleza de una mujer que no es más que eso, una mujer, sin injertos? Regresó a la alcoba de su ama. La tenía toda para ella sola.

\*

El vestido es largo y la estola de un morado claro, casi rosa, transparente. Debe probarse pero alguien le llama desde la sala, le llama con ese olor y ese jadeo que no puede eludir más. Eiko enciende la computadora y pulsa lo que de alguna forma ve, está viendo, la nieve humedece la tierra, los pies van desnudos sobre zapatos de madera, los pies corren y el corazón late como un *taiko* al ritmo de un caballo

desbocado. Son pies de mujer, manos de mujer, un dolor que debe morir para poder respirar. La tierra huele a eso, a descanso, a respiración entrecortada.

El teléfono invade el laberinto en su cerebro pero Eiko no contesta. Es la primera vez que escribe prosa. Su marido ha dicho que irá a esa cena y así será. ¿Será capaz de terminar el nuevo texto para la fiesta de mañana? No contesta el teléfono, no quiere escuchar la lista de excusas de su marido para no acompañarle. Su traje cuelga de una silla con la etiqueta de la tintorería. Eiko selecciona con cuidado su vestido, su perfume, el tono del maquillaje, las zapatillas y la estola. Bajo el traje de su hombre sorprende un libro pequeño y de pasta dura. Son poemas... De esa otra que estará mañana sentada en su mesa.

\*

Cuando Shonagon regresó a su habitación ya la sombra se había apoderado de todo escondite. Con los ojos a medio abrir, la ayudante sabía de memoria cómo retirar capa por capa el kimono de su ama, cómo doblar cada bata de seda y en que cajón depositarla. Sei alcanzó a ver que su mesita sostenía una larga hoja de papel arroz. Pero antes de salir ella había guardado todo con cuidado. Una carta no podía ser, estaría plegada y con un sello. El sueño pesaba demasiado como para ir o preguntar. Depositó su cabeza sobre la almohada y se dejó anegar por la suavidad de la sábana.

La joven dragón extendió el papel arroz, el tintero, la pluma, la barra de *sumi*. Hecho esto se colocó frente a la materia prima de la escritura cortesana. Sus manos ásperas envidiaron la suavidad del pincel; su cuerpo tenso y cansado se relajó al humectar las cerdas en la tinta; su cabello árido quiso ser como esa brocha y su sortilegio mágico.

Se atrevió a rayar uno, dos, tres *kanjis*. Los dejó así, con su letra asimétrica aún fresca, como si la caligrafía temblorosa fuera su firma. Se retiró cuidando de no cruzarse con uno de los amantes de Sei, quien se dirigía a la pieza de otra cortesana. No regresó sino hasta escuchar el trotar del carruaje, la voz de su ama, la risa, los pasos, el crujir de la seda del kimono y la casaca china.

Al amanecer, Shonagon sama se indignó ante el desplaje de horrenda asimetría. Alguien de obvia ignorancia se había atrevido a tomar su pincel, su barra de *sumi*, su papel tanpreciado. Ignorancia y altivez, qué asco. Arrugó el poema y lo arrojó al fuego. Tres signos que tan sólo nombraban los elementos de la estación: fuego, calor, ceniza...

La siguiente noche Shonagon depositó sobre la mesa un papel casi transparente, un pincel más delgado y rígido (el de las visitas) y un pedazo de tela absorbente. El tintero estaba seco, pero al lado había un platito de cerámica lleno de agua. Fingió dormir.

Horas después de que la luna encendiera la habitación, Shonagon escuchó el raspar de la barra de tinta, el chirrido de alguna partícula de polvo o

un cabello muriendo bajo la presión... ¡Qué poca delicadeza, qué poco cuidado! Habría que limpiar el tintero antes de usarlo...

La barra de tinta se dejaba llevar por alguien que no era su propietaria. El papel reposaba sobre la mesilla, virgen y nervioso. La oscuridad abrazó a la joven y a sus pensamientos. Frente a la mesita de trabajo había una pintura rectangular. Eran pocos los colores, unas mujeres salían del baño público y su pálida desnudez contrastaba con el rojo de sus pezones. Mujeres y niños jugaban y reían. Era como si todos ellos estuvieran recién nacidos. La joven deseó ser una de esas mujeres de *sumi-ei*... El asta pulsaba en su mano y un poema también palpitaba, no sabía en dónde. Entonces contuvo la respiración y dejó que el poema se develara en el trozo de papel arroz:

Nadie escucha  
tu mano en mi corazón  
caricias y golpes  
cuando te vas.

— Así que las sirvientas también se enamoran  
— dijo Sei —. ¿De quién?

Mas no le interesaba la respuesta. Se reprochó que le gustara un poema que no respetara la métrica que su padre había seguido religiosamente y que le había inculcado con todo su amor y su disciplina. La joven no contestó.

Envidió a la criada el escribir sin rítmica, sin conteo, con el desgarbo de un campesino comiendo con las manos y deprisa. Le envidió que no fuera hija de un gran nombre a comparar, que escribiera porque realmente lo deseaba, no porque desde niña hubiera sido instruida a seguir tal profesión. Sei no atinaba a escoger qué hubiera hecho, qué pasión hubiera seguido, de no ser la métrica el canal de su desfogue... Su libro de cabecera. Su libro era su voz, era Sei. Pero no era perfecta poesía, no podía mostrarlo. No quería que otros lo leyeran, nunca.

Cuando la emperatriz celebraba sus poemas, las damas-en-espera murmuraban: “Cómo no va a escribir bien, si es la hija de Motosuke”. Cuántas veces Shonagon se había negado a escribir poemas que tocaban a su espíritu, poemas que fallecían sin salir de su boca, como los niños que mueren en el vientre de la madre.

Métrica y sílaba  
hasta cuándo dictarán  
cómo debe latir mi corazón.

Como ese poema, que ahogó en un silencio donde su criada no levantó la vista del tatami.

\*

El estómago de Eiko se comprime y recibe un vestido por demás injusto. Busca el libro negro de poemas rivales y no lo encuentra. El hombre y su traje ya se han ido. Es viernes. Cierra los ojos y el olor a foresta llega hasta su recámara, su edredón y su tiempo. El teléfono insiste: ¿Bueno? Hay alguien más encajando zapatos de madera en los grumos de tierra. ¿Por qué has llevado contigo letras de ésa? Pies blancos que no saben correr. Llegaré tarde, sí. La nieve se descompone. Hay un grito.

\*

—¿De quien? —dijo Sei por decir algo.

La mirada de la joven imantaba el suelo.

—Espero que no sea de un hombre de la corte —rió la dama espabilándose— una criadilla suspirando por uno de nuestros hombres . . .

—Yugao se enamora de Genji y el de ella, y la joven no era cortesana —se escuchó responder la joven.

—¡Insolente!... Yugao no era criada, era pobre, nada más. No andaba detrás de una cortesana limpiando sus pasos por el corredor.

La joven se reprochó su propia insolencia. ¿Cómo pudo creer que sus comentarios sobrepasarían a los de la gran escritora?

—¿Y... cómo conoces la historia de Genji? Tú no podrías leerla...

—Oh, no, señora, la he escuchado por los pasillos, en la cocina, todo mundo habla de eso.

—Ah, Shi-ki-bu: movilizadora de masas. Esa mujer escribe sucio, mezcla sus prosas con poemas chinos. Intelecto... ¡El lenguaje japonés es nuestro intelecto!, puro como el té verde que si se mezcla no puedes beberlo.

Observando con mirada de navaja cada facción de la joven del kimono sin flores, dijo:

—¿Y...de mi trabajo...qué dicen...?

—No lo sé, señora.

—¡No mientas!

Los labios de la joven temblaron. Bien decían los otros sirvientes que Shikibu tenía razón. Bien decían que Sei trataba obsesivamente de ser diferente y que presumía de cualidades inexistentes, que incluso se creía del nivel de la emperatriz y no una cortesana común. Una vez escuchó que Shikibu y la emperatriz estudiaban chino sin la venia del emperador, seguramente era Shikibu la preferida y no su ama. La montaña de nieve no salvará la reputación de Sei.

Los labios de la joven no se abrieron pero su corazón repetía estas frases y se endurecía.

—No lo sé señora, de verdad, los textos de la señora son tan elegantes que a la boca de las criadas no podrían llegar...

Sei sonrió satisfecha. Puedes retirarte —dijo girando su rostro hacia otro lado.

\*

Un libro negro de pasta dura llega a mano de su autora. El hombre sonríe, su mujer llegará tarde. Le invita un *martini*. Es usted además de inteligente, muy bella. Eiko escribe páginas y páginas a mano, recostada en su cama, semidesnuda. La consagrada autora es una mujer madura, su cabello cae en capas lacias y oscuras hasta la clavícula. Los pasos se detienen en un llano donde la nieve cuelga trémula del paisaje. Su mirada es la más intensa que el hombre jamás ha visto. Hay un templo rojo, la luna devela una mujer hincada, su espalda hecha un arco, los pies desnudos.

Eiko observa su vestido, lejos en el cuarto de baño. Demasiado pequeño; la estola, demasiado brillante; los zapatos, qué incomodidad. La fiesta... Qué enorme vestido apretado. Esa mujer en la nieve está a punto de morir. Eiko ignora el teléfono. La afamada escritora se disculpa ante el editor. Entregará

el manuscrito mañana, está en casa. El hombre a su lado se ofrece a acompañarle, es tan tarde.

\*

La joven dragón regresó a la alcoba de Sei a media noche. Los faroles redondos parecían lunas pequeñas en la ventana. Perfilaban sombras de amor. Se adentró en el pasillo y se hincó en la entrada del cuarto de su ama, como si hubiera sido requerida. Escuchó el roce de la seda, las respiraciones... Su intención era saber quién era el visitante pero los sonidos despertaron un color rojo en su cuerpo, un calor desconocido se apoderó de sus muslos y, sudando, se retiró asustada de sí misma.

Al salir del ala de las cortesanas se cruzó con varios hombres que iban de una habitación a otra. Entendió que otras mujeres recibían a distintos caballeros, que las visitas podían durar días o meses o años, que el amor iniciaba y terminaba tal como la poesía cantaba, no era para siempre como los matrimonios. Había muchos hombres y muchas mujeres en la corte, había muchas historias de amor y desamor, había el rechazo, llorando ahora, mientras la joven cruzaba el largo pasillo. Y las respiraciones, los quejidos, el amor que ella no sabía cuando iba a conocer... Tadanobu jamás se fijaría en ella.

Para la cortesanas el amor no es más que una de las frutas en el banquete, piensa, no entienden el

por qué los suicidios de las parejas en el río, el deseo de un hijo, los demonios en nuestro cuerpo, los celos que matan. Mi ama tiene tantos vestidos que no sería capaz de morir por uno solo de sus kimonos; las damas-en-espera tantos hombres que no morirían por tener un exclusivo. Yo sí. Yo sí moriría por algo que fuera mío... ¿Pero qué?

Recibió una llamada de Shonagon-sama a la hora del tigre, cuando el sol y los emperadores todavía dormían.

— Escribe, escribe lo que viste — dijo Sei.

Entonces su ama se dio cuenta, sabía que le espío... ¿Pero por qué ordenaba que escribiera algo, por qué a ella? Tomó el pincel y se dejó llevar por la tinta helada sobre el pliego.

En puerta y corazón  
llama el amor  
mas no se puede escuchar la voz  
de lo que no se profesa

El corazón de Sei resonó como un *taiko*. ¿Rechazar el amor es lo mismo que no creer en el amor? ¿Es más importante una estúpida pasión que su posición social e intelectual? Esa debe de ser la diferencia entre la clase alta y la clase baja. La servidumbre se deja llevar por supersticiones sin-mé-tri-ca. Esta joven podría escribir un libro como el

suyo, un libro de cabecera. Pero su trazo es como si un recipiente con agua hubiese resbalado sobre la mesa, duelen los ojos al leerlo, seguramente no puede escribir más de quinientos ideogramas, pensó la dama.

— No está mal, pero tampoco está bien... — dijo Sei al fin.

— ¿Por qué me pide que escriba si yo no sé hacerlo?

— Eso está claro.

Sei pensó en el emperador. ¿Qué diría de estos encuentros con la clase plebeya? ¿Y su emperatriz? Ella creía que entre hombres y mujeres dominaría quien leyera y escribiera mejor. ¿Y si quien escribe es de la clase que no debe escribir?

Interesante — dijo la dama-en-espera. Pero no puedo revelarles a los emperadores tu interés por la poesía. Sería una locura, devastaría mi reputación... No vuelvas a pensar en esto. Mejor dedícate a tus cosas. Verifica que mi montaña de nieve esté con vida. Llena esta canasta con la nieve más limpia y muéstramela cuanto antes.

La joven sabía que no debía contestar. Sin embargo, en ese momento entendió que sus cosas eran esas que no podía tocar, eran la poesía en la que no debía pensar, las historias que no podría escribir. Lo que su espíritu necesitaba era expresarse, si no podía hacerlo entonces su vida no significaba nada. No le importaba si sus frases llegaban a la emperatriz o no.

Ella sólo quería develarlas, primero a sí misma, luego a los demás. Se vio anciana y muda, madre y muda, esposa y muda, una piedra sin voz frente a la figura de Sei Shonagon. Si no podía jugar con sus palabras eso sería el resto de su tiempo: una piedra.

\*

El manuscrito está impreso y ordenado a manera de libro sobre la mesa del corredor. El hombre siente el deseo de tomar las hojas y tirarlas por la ventana. La autora del libro negro le ofrece una bebida. El hombre acepta. La luna ilumina la alcoba, al fondo una cama de altura baja, una linterna. Él reconoce que no sabe de poesía pero en su obra ve algo que. Ella dice no necesitas fingir interés, le toma de la mano. El manuscrito podría caer por la ventana, es un séptimo piso... Pero sería mejor encontrar el *file*, eliminar la fuente. Entre un beso y otro ella le muestra piezas de su trabajo, juntos leen y releen, ríen de bromas que sólo ellos entienden. Ella dice espérame que voy a tomar un baño.

\*

—Tendré paciencia —dijo la empleada  
—¿Pero qué dices plebeya?  
—Algún día llegará la oportunidad de expresarme con las palabras de nuevo y entonces...

—Piensa lo que quieras —dijo Sei—. Es casi imposible. Pero si eso llegara a suceder, yo estaría por ahí, superándote siempre.

—Soy un pez carpa / que ondula su corazón / el tiempo es agua.

Los ojos de Sei se tornaron dos víboras hinchidas de veneno: Retírate. Shonagon-sama no pudo dormir esa noche pensando qué era lo que su espíritu necesitaba para ondular satisfecho...

\*

Eiko no ha preguntado el por qué de su regreso en la madrugada. Tampoco explicó el por qué de su inasistencia a la cena tan esperada. Él habla poco, sabe que huele a mujer, a poemas de otra. Eiko se levanta de la cama tan pronto él se recuesta. El sol duerme todavía y la joven enciende el computador. Desconecta todo aparato eléctrico en el baño y lo tira a la basura. Navajas, rastrillos, todo al cesto de madera. Cierra la puerta y se hunde en el *ofuro*. El agua está helada. ¿Cómo se puede escribir de la muerte si no se ha estado un poquito cerca? El agua de la tina debiera estar a 42 grados, costumbre vernacular. Sus ojos reciben imágenes aquosamente, aguanta la respiración. Estira las piernas, los pies, cada uno de sus dedos como la corola de un crisantemo. Su cuerpo se congela y no

sabe si está cerca de la vida o de lo desconocido. Por fin se zambulle en el oxígeno del aire y aspira una bocanada.

\*

El color del cielo ya no era negro. Un par de estrellas escoltaban a la luna. Día quince. Llena la canasta de nieve blanca —ordenó Shonagon—. Retira la nieve sucia del tope de la canasta de tal manera que solo se vea una nube blanca —aclaró. La noche anterior la dama fue en persona a revisar que la montaña siguiera ahí, ordenó al jardinero restringir el paso a niños y curiosos, tomó una poca en sus manos y la apretó. Se redujo a un pedazo de hielo y pronosticó varios días más de vida para su montículo.

Mientras la joven cumplía la orden, Sei revisó el poema de trazo impecable. Iría sobre la nieve de la canasta y la emperatriz lo recibiría en cuanto el sol resplandeciera sobre los techos.

Pero la joven regresó antes de lo previsto, con la canasta vacía sobre su cabeza, a manera de sombrero. Ante la mirada escandalizada de Sei, la sirvienta balanceó la canasta de mano en mano y le dijo sin poder ocultar una sonrisa: no hay nieve.

—Pero... ¿Cómo? No puede ser. ¿Cómo se puede derretir una montaña de nieve de un día para otro?

—No lo sé, el jardinero también está confundido. Dice que ahora nadie le dará la recompensa que usted le prometió.

Sei tomó el poema y lo arrojó al fuego en su habitación. Era inútil. Todo su trabajo en ese poema, y todo lo que planeó acerca de su verso, de cómo lo leería a la emperatriz, de los comentarios que despertaría entre las otras cortesanas. No había forma de mostrar ahora su talento. Su proyecto se derritió como la nevisca.

Sei corrió hacia el recinto de la emperatriz. Ella consoló divertida a la perdedora de la apuesta. Pero Sei dijo que algo muy extraño había ocurrido y que tal vez su sirvienta tuviera algo que ver. Su majestad envió entonces a uno de sus mensajeros y también éste regresó con la misma noticia. No había nieve. La emperatriz le pidió que olvidara el evento y que recitara para ella el poema tan especial. Pero Sei se negó. No fue así como fue diseñado, respondió. Una orden de la emperatriz jamás era evadida, pero la voz de la poeta se quebró en llanto y su majestad no instó. Shonagon se retiró. No pudo encontrar a su sirvienta por ningún lado durante el resto del día.

\*

Los ojos de Eiko han enrojecido, el agua subió de temperatura y Eiko es una piel rosa entre los hervores de un caldo gigante que le enrojece la córnea. Se

observa en el espejo, rodillas y pezones se recoloran. Debería de pensar en su marido, si llegó tan tarde es que sí fue a la cena, con quién estuvo, con quién hablo... Desnuda camina hacia su mesa de trabajo, escribe la mujer en la explanada carga algo como un paquete. No es el tiempo de su hombre, es el tiempo de colocar pesadamente un arma sobre la nieve. El templo y sus columnas rojas confrontan a la mujer hincada. Lejos, tras el laberinto de la arquitectura, se escucha la voz de una invocación.

\*

Sei buscó a la joven al otro lado del palacio. También fue a la bodega general, donde dormían los sirvientes. No podía haber desaparecido sin aclarar qué pasó con su montaña de nieve. No estaba en el ala norte ni en el ala sur. Fue entonces a los jardines, donde se la veía a veces con la mirada perdida, contando cuántas veces se ondulaban las carpas bajo el agua congelada. Tampoco estaba ahí. Fue entonces a la montaña de nieve y descubrió que estaba aplastada, no derretida. Esa niña va a morir entre sus manos, perjura.

Camino a su recinto franqueó la cocina imperial y siendo ya entrada la noche nadie le reconoció. Ahí estaba su sirvienta, salía de la cocina vistiendo un manto grueso, en el regazo llevaba algo como un paquete. Shonagon le siguió. En lugar de dirigirse a su

alcoba, la joven caminó hacia la salida del palacio, cada vez más rápido. La tierra húmeda obstruía el caminar de Sei, acostumbrada a los caminos de madera del palacio imperial. Sus *tabi* se ensuciaban pero no había forma de evitarlo, ya no sabía en dónde estaba y no tenía más remedio que seguir a la joven. Ya era la hora del tigre cuando arribaron a un templo más allá de la montaña de nieve. La joven se desparramó en el suelo y de su regazo sacó el paquete: bajo telas enredadas un cuchillo gigantesco.

— ¿Se puede saber qué estás haciendo? — gritó a su empleada que estaba hincada frente a la entrada del templo.

— Rezo.

Sei levantó el cuchillo. Vamos al palacio, dijo.

— No.

— ¿Qué?

— No.

— Déjate de estupideces y dime cómo destruiste mi montaña de nieve.

— Yo no fui.

— Fuiste tú, no lo niegues.

— Déme el cuchillo.

— Estás loca.

— Dé-me-lo.

Sei, cuchillo en mano, se dio cuenta que no sabría como regresar al castillo. Cuando observó la explanada, enteramente blanca, la joven le arrebató el arma.

—Váyase —clamó la joven—. Es por ahí.

Shonagon preguntó de nuevo cómo y por qué destruyó su montaña.

—¿Es que no se da cuenta de nada? No fui yo. ¡Fue la emperatriz!

Las rodillas de Sei flaquearon. Su rabia enmudeció.

—¡Fue su majestad! ¡Todos lo saben, los nobles, la servidumbre, los mensajeros, todos lo saben!

\*

Eiko y su cuerpo se observan en el reflejo de la pantalla. La mujer en la nieve tiene miedo de morir pero está decidida. Un abrazo masculino le encierra, le pide perdón. El arma llega de nuevo a sus manos. El libro negro, él sabe qué dice cada página del corazón de la mujer cuya mirada no puede olvidar. El corazón en la nieve cincela el último de sus poemas. Ha ido a la fiesta sin ella, pero ya no habrá más libros negros en su camino, él se ha hecho cargo. Mi corazón aletea / en la jaula del miedo / muerte es mi esperanza.

Ahora no tiene competencia, ahora ella es la única opción del editor. Eiko no contesta, sus venas se llenan de energía, cierra los ojos y ve la vida tan corta, en línea regresiva... Cuando llegó al castillo... Cuando le vendió su padre... Cuando jugaba con sus hermanas en el río... ¿Recordará la flor su época de semilla? Su marido le cubre con una toalla.

\*

—Vuelve al palacio, esto carece de sentido, es un capricho equivocado... —dijo Sei por decir algo. No podía creer que la emperatriz, su amiga...

La joven blandió la hoja e hirió a la cortesana en el brazo. ¡Has enloquecido! —gritó ésta al ver su sangre sobre la nieve. Llena de terror se fue corriendo por el sendero que le fuera indicado. No frenó sino hasta llegar a su futón y quitarse toda esa ropa llena de olor a tierra y sangre; los *tabi*, su cabello, todo estaba impregnado de un olor a muerte que no era suya. Lavó la herida y la ocultó bajo la seda. Se sentó frente al papel arroz y escribió la fecha en su libro de la almohada: día catorceavo del mes doce del año 204 del reinado Heian. Yo soy Sei Shōnagon, dijo en voz alta.

En la nieve: muerte es mi esperanza. Los sutras callaron y el monje golpeó un óvalo de acero. La joven cerró los ojos y se vio nacer desnuda, esbozo de tiempo y de palabra, sus manos encajadas en la tierra fría, su

cabello húmedo, su sangre sobre la nieve, sus ojos rojos como las mujeres de aquella pintura, sus dedos moviéndose como los de una cortesana cuando toca el koto.

\*

Eiko teclea y la toalla que le cubre cae al piso. Obedece al ritmo de sus manos y lee que con la espada corteja su cuello. La voz del monje detiene el *Amida Amida* por un instante. Cae el cuerpo, el rojo derrite la blancura. La nieve, el silencio y todos sus poemas se estremecen al sonido del gong.

En su única obra y diario personal, "*Makura no sēshi*", Sei Shonagon menciona breve y esporádicamente a su sirvienta personal, de quien jamás menciona el nombre.

## SIN EXAGERAR

Osaka, veinticinco años, un día, dos, una hora, tres, cuatro. Caminar es frenarme en los veintiuno. El amor es eterno porque el final no tiene visa para entrar en mi cerebro. Sólo el inicio tiene sentido, voz, color. Un día en tres idiomas y su número infinito de combinaciones. Un día de amores comenzados, nunca fenecidos, todos cayendo como copos de nieve, decorando la misma nostalgia.

El español me envuelve como la toalla con que mi madre me secaba la infancia, como la lengua de un gato gigante que me lame y me consiente. Me baño en español, como en español, dormito en castellano, pero, más que nada, me encuentro con mi propio idioma tras meses en la niebla de los lenguajes foráneos, el español mexicano me recomienza. Poesía hablada, Cortázar en voz circular, Venegas, boleros, Molotov, Presuntos, Silvio, Delgadillo, hasta Shakira. Me dejo caer en este *ofuro* de palabras todas conocidas, todas con precipicio de memoria, con fisonomías, con-migo. Soledad en la isla del arroz y del kimono, del sake y de trenes ahorta, de teléfonos tapizados con infantes prostitutas y de sanitarios al ras del suelo (que me obligan a orinar en cuclillas y jamás con el tino que supuso el arquitecto). Ojos que evaden a los otros, y pasos, muchos pasos, bicicletas como genes que

circulan rebeldes en este pedazo de piel del planeta. México está tan lejos que cae en lo desconocido, en lo exótico, en lo marcopolesco. Aquí las calles estrechas, los coches como de niños, los asientos liliputenses . . . La mujer morena, alta, de ojos redondos, caderas anchas, rozando indebidamente otros brazos y el tubo que separa el carril de las bicicletas. Torpe con su espacio, torpe con su tiempo.

— ¿Es usted de la India? ¿De Pakistán? ¿De Sir Lanka?

Mujer callada. Caminando en su idioma tras recuperar su pequeña caja de discos, con música tan suya como ni ella lo hubiera creído meses atrás, cuando vivía en el país que titula su pasaporte.

¿Quién soy para estar aquí, para absorber por frecuencia infrarroja semejante cantidad de información? Datos que explotan por dentro; vista, oído, olfato, lágrimas: terremoto errante, privado, secreto. No hay amantes en los parques, no hay camiones ruidosos, ni albañiles chiflando piropos al aire, todo está . . . tan-de-sa-bri-da-men-te en orden. Siento la soledad de quienes me caminan sin percibir la suya. De los amores aparcados en mi cabeza, como dicen luego: no se hace uno. Mas los guardo (o me persiguen), los hojeo de vez en cuando (o me hojean ellos a mí, cómo saberlo).

Si acaso veo un perro por la calle, es un perro educado, con diploma y todo, un perro con cordón

y cubre-boca, arreando a una sirvienta que recogerá con una espátula su recién defecada croqueta de importación, la guardará aún caliente en una cajita especial (a veces con decoraciones de Mickey Mouse o Hello Kitty) y la arrojará en un bote de basura "*to incinerate only*". Es un perro que pagó ¥ 4, 000 por su *hairstyle* y que huele a perfume de marca. No hay perro sin dama de compañía, eso está claro. El matrimonio eleva el interés de estas mujeres en el servicio canino. Me acuerdo de los tacos en la esquina de mi casa, y la bola de canes aglomerándose para comer un poco de esa carne de dudosa procedencia. Aquí no hay ladridos, ni olores putrefactos, ni ratas escondiéndose de la luz. Las moscas forman parte de la colección de insectos en los museos.

A ver a que horas me atrevo a emigrar del inmediato-lejano-orienté.

## ISOLEDAD

¿Embarazada? ¿Yo? ¡Embarazada! ¡Cómo se lo voy a decir a Hiro! No puedo, el compromiso, mi matrimonio. Y con Guil, ¡que es *gay*! Él no va a querer tener un hijo. Ya me lo dijo muy claro. Él no quiere tener un hijo, ni conmigo ni con nadie. Y Hiro . . . Me ha dado todo este dinero para pagar el depósito de nuestra nueva casa, él confía en mí. Embarazada . . . Tiene que haber un error. No puedo creerlo. Prueba de máxima credibilidad . . . Necesito hablar con alguien. 090 8744 Akiko . . . No contesta. 090 4452 Guil . . . ¡No contesta! Pues le mando un mensaje. Menu / C-mail / Guil / Estoy embarazada / Enviar.

¿Pero qué le pasa a esta mujer? No se lo esperaba. Nunca falta la sorpresita. ¿Estará casada? Parece que no quiere creerlo, pero así es. Cuántos casos no veo yo en esta clínica. Enfermera esto, enfermera lo otro. Lágrimas, nervios, y claro, a mandar el mensajito por el celular. Todas son iguales. Las once, una hora más y salgo a comer. Tengo un hambre, no desayuné. No sé que me pasa, veo televisión como si no hubiera otra cosa que hacer, hasta las tres de la mañana. Ya se fue. Qué bueno, no falta la que pide una segunda prueba y qué flojera. Yu-ko-ma-sa-yo-shi . . . Prueba de máxima

credibilidad . . . Positivo . . . Un archivo más que tengo que teclear.

¿Dónde ésta, dónde está? Sí, aquí. Y en efectivo. Hiro debió ahorrar varios años para juntar este dinero. Uno dos tres cuatro . . . Sí, completo. Pero . . . Yo no puedo hacer esto, no, todavía no. Tengo que hablar con él, con Hiro, y con Guil. Este hombre aquí enfrente me espera, lo sé, hay que firmar. . . Con este dinero podría tomar un avión, irme lejos, empezar una vida nueva o . . . Mejor aún, podría ir ya mismo a una clínica para abortar. Yo . . . Mejor vuelvo otro día, con permiso, ay, con permiso, ¡Quítense todos! *Este hombre es el que te conviene*. A mi madre jamás le puedo decir esto. *Tiene dinero, tiene posición*. En primer lugar no entiende que a mí me interesa otra cosa, ni siquiera estoy segura de querer casarme con Hiro. *Fue a una de las más prestigiosas universidades*. Ya está, un parque, me siento. Guil no contesta mi mensaje. Guiiiil . . . Ahora resulta que no entra la llamada. ¿Dónde estás? Akiko . . . Tampoco. Yo quiero una relación de amor, de amor de verdad . . . No puede ser aquí. No puede ser con Hiro, no le conozco realmente, cenas y maquillaje no es conocer a alguien. Terminaré como mi madre, con un marido con el que apenas cruza palabra, sin opinar, sin contradecir. No. ¿Y un hijo? ¿Quiero un hijo? No, no lo quiero, y menos mitad japonés mitad brasileño, sin un padre . . . No. Voy a la clínica, recuerdo una en Temmabashi, ahí abortó Akiko en la prepa.

Pero que mujer más rara. Se ve muy nerviosa. Debe ser por todo ese dinero en efectivo que trae

en la bolsa. ¿Pero quién se lo va a robar? Ni que estuviera en Roppongi a las tres de la mañana. Qué asustadiza, Osaka a mediodía, no pasa nada. Veamos, su documento está . . . Aquí. Sí, Hiro Yamazaki, su futuro esposo, éste es. En lo que firma, yo busco un sobre y . . . ¿Eh? ¿A dónde se fue? ¿Por qué no firmó? ¿Está en el baño? Allá va, casi corriendo. Qué mujer tan rara. Hay que llamar al marido.

¿Qué hice? ¿Qué hice? ¿Qué voy a hacer ahora? *Después de todo lo que hice por ti*. Mi padre me va a matar. Todos pensarán que me robé ese dinero. Bueno, si lo uso en la clínica . . . Sería como un robo. *Nadie va a aceptar otro omiai contigo después de esto*. Tengo que volver. O puedo decir que me sentí mal, sí, que estaba a punto de desmayarme. Por eso me salí de la oficina. Pero, ¿y el aborto? Yo no tengo dinero. Necesito hablar con Akiko. Tal vez ella pudiera prestarme . . . ¡Aaaa! ¡No contesta! ¿Y Guil? ¿No tendrá dinero Guil? Es demasiado para él . . . Sólo tiene su beca. Número grabado uno. Número grabado dos. Número grabado tres, cuatro, cinco. Nadie contesta el maldito teléfono. ¡Bola de imbéciles! ¿Dónde están? A veces siento que nadie existe realmente. Que estoy sola en medio de hologramas, cada quien con su estúpido celular. Ti ti ti ti. Miles de teléfonos chillando como cigarras. ¿Y quién habla realmente? ¿Quién me habla? A mí, ¿Eh? ¡A mí! Disculpe, sí, usted, necesito hablar con alguien . . . Te estoy hablando, a ti, ¡Estúpida! ¡Véme!

Esa *yaponeisita* gritando como loca se parece *mucho* a una amiga de Guil . . . pero cómo saberlo.

Son todas tan parecidas, vestidas con su uniforme de *Burberry* y *Luis Vitton* . . . No, no podría ser. Qué *eshtranio* que alguien se atreva a *falar* sola en el tren, aquí, en este país *tudo* ordenadito . . . Debe estar realmente loca. Mejor voltearse a otro lado. Esta otra lee un libro bonito, con fotos. Yo no entiendo nada, libros en español nunca he visto. En portugués sí, los de mis *rumis*, pero leerlos no puedo, *ainda*. ¿Qué estará leyendo? ¿De qué se tratará? *Hi-ro-se-yu-ko*. Pero si casi llora. Y la otra que sube más y más la voz, ya no halla uno a donde voltear. Jajaja, se ha dirigido a otra igualita, así, de repente, y le llama estúpida. Esto sí que es divertido. Yo le ayudara si fuera la amiga de Guil, o si fuera amiga de cualquiera cercano a mí. Pero, en todo caso, *ela* me hubiera reconocido. Una *loira* con ojos azules, ni modo que no me recuerde. Una *wera* que no habla ni inglés ni español ni portugués sino un poco de todo. Guil . . . Qué buen amigo, le puedo llamar a cualquier hora y siempre me escucha . . . Me hace sentir bien, dice que le dan asco las *mulheres*, yo no le creo. Vaya, por fin se ha callado. Ahora va sentadita.

Japón isla  
personas isla  
Teléfono isla  
Vagones  
isla isla isla

¿Y esa Checa que me ve? Checa-rusa-lo-que-sea. Ha de ser puta, modelo, *hostess* todas falsas todas. Y véanse, ve-á-mo-nos, todas rubias, pelirrojas, de tez negra o *ultrawhite*, todas falsas todas. Escollos sin atadura. Hombres y mujeres, niños y madres, cayos que jamás tocan a otro, que jamás hablan realmente al otro.

Y esto, esto que traigo  
aquí,  
un embrioncito isla.  
Algún día voy a tener un hijo,

pero no tú.

*Si nacieras*

(ya nadie se casaría conmigo, estoy segura)  
serías hijo único  
como casi todos  
ahora  
son  
uno  
uno  
uno

número isla

somos

islotes empantanados,  
amarrados a un muelle genésico  
hecho pedazos.

Si no  
llueven a sí mismos morirán,

estamos ya  
muriendo.  
Perdón niño isla, perdón.  
Estoy cansada.

Pobre niña, ¿Estará bien? Toda acurrucada, así, en el suelo, y aquí no es donde la gente duerme, nosotros dormimos allá, abajo del puente, esta *ne-chan* está limpia, es de las del tren, de las que suben y bajan del tren, de las que salen y entran de la estación. Nosotros, los que vivimos aquí dentro, somos ya viejos, todos viejos. *Ne-chan* se ve triste, se ve pálida. Está vomitando, ahí, en el suelo, sus manos se llenan de vómito, no trae toalla, claro, no trae más que una bolsa de esas pequeñas que no sirven para nada. ¿Comería algo malo? Eso me pasa a mí de vez en cuando; si nos regalan *obentā* de días atrás. ¿O tomaría mucho alcohol, tan temprano? Nadie frena, la van a pisar.

¿Por qué se me acerca este hombre? Huele horrible. No necesito su ayuda. ¿Qué quiere? Estoy hecha un asco. Quiero ir al baño, eso es todo lo que quiero. Me puedo parar sola, estoy hecha una mierda, qué asco. Y ahora nadie se acerca . . . Pues no pueden entrar al vagón si no cruzan conmigo, porque yo . . . estoy . . . tan cerca . . . de los rieles, del fin de la plataforma. No sería malo caer . . . y todos se arrepentirían, dirían "Oh, ¿Por qué no le ayudamos?". Y este anciano que sigue a mi lado, sin decir nada, no podría detener mi cuerpo, no tiene fuerza, y se

perderá de robarse todo este dinero que traigo. ¿Sabe qué? Tómelo, sí, tómelo, le dejo a usted este sobre y mejor me voy a los rieles, a otra cosa, a otro mundo . . . si es que lo hay . . .

El tren ya viene. Las piernas tiemblan, no puedo controlarlas.

El tren ya viene.

No puedo ver nada . . .

Pobre niña, ¿Estará bien? Toda acurrucada, aquí no es donde la gente duerme, esta *ne-chan* está limpia, es de las que suben y bajan del tren, de las que salen y entran de la estación. Los que vivimos aquí dentro, somos ya viejos, *Ne-chan* se ve triste, pálida. Está vomitando, no trae toalla, ¿Comería algo malo? Eso me pasa a mí de vez en cuando; si nos regalan *obentā* de días atrás. ¿O tomaría mucho alcohol, tan temprano? Nadie frena, la van a pisar.

— *Ne-chan . . . Daiyobuka?*

¿Por qué se me acerca este hombre? Huele horrible. No necesito su ayuda. ¿Qué quiere?

— ¿Está usted bien? ¿Le ayudo a llegar al baño?

Estoy hecha un asco. —¿Dónde está el baño?  
— mi voz, mi verdadera voz.

— Allá. Usted entre y yo le llamo al hombre del  
tren.

— Gracias.

— A . . . A mí el hombre del tren nunca me hace  
caso.

— No se preocupe. Sólo necesitaba lavarme las  
manos, estaré bien.

— No fue tan difícil.

— Hay problemas peores, ¿Verdad?

— Sí que los hay.

— Tenga, este billete es para usted, no es muy  
grande, acéptelo. ¿Qué tren me lleva a Temmabashi?

*así / diseminados pero juntos  
cercanos pero ajenos / solos codo con codo  
cada uno en su burbuja / insolidarios  
envejecen mezquinos como islotes*

*Mario Benedetti*

## GATELESS GATE

Templo en el camino.

Prefectura de Wakayama.

Viajando en coche hacia Shirahama.

Parece que no llueve pero sí. Las gotas caen rotundas, lentas en su verticalidad, sorprendidas como el sonido del *taiko*, tambor de rugir grave en *staccato* de cuatro por cuatro. Templo de madera, oraciones en una boca prohibida a la vista, sutras en *crechendo*, como la lluvia en mi memoria. Gotas rotundas, pesadas, como respuestas

si despertaran.

Me quedo en la orilla de esta religión sincrética. Familias llenas de niños y de fés, de vestidos y papeles blancos, deseos que atan a los árboles y que dejan ahí, como observándonos. Solemnidad universal en el encuentro con lo inexplicable: nacen los rezos, peticiones, el pequeño símbolo en el bolsillo, compre su *omamori*, pórtele en la bolsa, en el carro, en su celular, le protege, le trae buena suerte, dinero, llévelo, barato, llévelo.

En el centro de mi mano me recuerda un escapulario, pero sin imagen humana; gota de tela

con un ideograma y colores vivos. Shinto. Me siento fuerte. Rezo: tomo una vara larga de madera que al final se convierte en recipiente de agua, humedezco mis manos con el líquido frío, el recipiente viaja a mis labios. Bebo. Pido por el hombre que no está a mi lado. Gotas corchea cayendo sobre mi cabeza, frías como cubos de hielo, desmantelando la agazapada certidumbre de que estuve aquí hace novecientos años,

si despertara.

## TARÁNTULA Y MIS IDEAS ABANDONADAS

### *Retratos*

Sentadas en la banca, Tara y yo vemos el álbum de familia: una banqueta gris con línea amarilla, favor de permanecer detrás de la línea; un *brief canyon* que es un hoyo de piedras rojas, muy bonitas, cortadas por una pareja de rieles; del otro lado otra banqueta gris, otra línea amarilla, otra muchacha sentada con su bufanda enredada en las manos retando al frío, dos extranjeros tomándole fotos al anuncio con el nombre de la estación.

El sonido del tren, intermitente, truculento, grave... Pausa y nada, sólo resoplar, exhalar de un viento cansado, un viento interrumpido por los vagones, roto como un vidrio antes suspensión, como si el oxígeno hubiera solidificado para después estrellarse con la rutina. Pausa y nada. Sólo el viento cansado, roto, violado; moviendo travieso las faldas y los sacos largos de las mujeres, sacudiéndolos como si fueran olas en un mar de telas gruesas y gesticulaciones. Hace frío, dice Tara con los ojos que no tiene. Las manos se meten en las bolsas de los abrigo mientras rodillas desnudas se besan por el viento. Las botas son altas, negras, rojas, cafés. Pesa el maquillaje.

Once pe eme. Ellas van al centro de Osaka en el último tren, a Umeda, a trabajar. Hostess. Yo tomo el vagón en dirección contraria, sintiéndome un poco extraña en casa por la noche, leyendo o viendo películas con mi amiga de estambre.

Decidí subirme a este otro vagón hace unos meses, cansada del *whisky* y las risas, los cigarros y el tren de regreso a los suburbios a las seis de la mañana. Mis vagones van ahora hacia otras partes, atraviesan mi cerebro y llegan a mi estación central. Son los vagones que tanto tiempo quise tomar y no podía. Había que trabajar, había que llegar a tiempo, enviar dinero a casa, pagar créditos e hipotecas, ahorrar porque en un futuro. Había que pintarse las uñas y enviar currículums, no fuera a ser que la oportunidad me detuviera el paso hacia el vagón que no regresa hasta las seis de la mañana y me ofreciera otro tipo de vagón exterior.

Observo estos retratos movientes que no se detienen en otras personas, ni siquiera el apetito viril se clava voyeurianamente en las piernas redondas que se frotan unas con otras, sentadas, de pie, acuclilladas. Aquí los ojos son caminantes sin otros ojos en dónde reposar. Observo los rostros blancos, rojos, dizque amarillos. Helados. Y los rieles y el sonido de las puertas del vagón, cuando se abren y cuando se hermetizan. *It's the same, everywhere, it's the same as everywhere*, rumia Tarántula, enrollada en sus propios viajes y preguntas, recordando trenes en Europa,

México y Australia. *It's the same, even if those eyes could stop in some other wondering eyes, she says.*

Reenumero los *foreigners* que llegan a descubrir el oriente, los becarios que llegan con planes y papeles, las bailarinas de *show* que enlistan novios, citas y billetes, los *blue collar workers* apadrinados por sus empresas y *managers*. Retrato en mi mente al inocente fuereño que no habla nipónés y que no sabe en que dirección va el tren porque no sabe leer ideogramas y ríe y toma fotografías y eventualmente se cansa, aprende las direcciones por minutos transcurridos o número de paradas y se engrana en el lenguaje del silencio y las miradas al suelo. Se cansa. Y se encuentra de repente solo, al borde de la lágrima, sin saber por qué y piensa que Japón es territorio conocido, porque sabe que nadie miente y sabe exactamente qué preguntas le harán al conocerle y sabe cuáles serán sus respuestas, porque conoce cada sabor de los distintos tipos de salsa soya y de jóvenes preparatorianas. Eventualmente sabrá que es parte de una escenografía donde la pieza última del rompecabezas no es él, no era, no son esos que llegan ahora a la plataforma y toman fotos del insípido letrero que nombra a la estación.

*¿Tarántula?*

Con regularidad se me cuestiona acerca de Tarántula. Se le acusa de que no es un ser viviente, de ser producto de mi imaginación sin tubo de

desagüe, proyección de mi personalidad fragmentada, instrumento de combate a la soledad y no sé cuantas mas erradas teorías sobre la pobre cosa que yace ahora sobre mis piernas, mirándome.

Tarántula es negra, esponjosa, aterciopelada. Huele un poco mal, pero es el tipo de seres que no se bañan. Sus ojos no están ahí donde habrían de estar, pero para sus expresiones no le son necesarios. Tampoco tiene lo que formalmente se conoce como patas delanteras y traseras, pero para trasladarse de un lugar a otro generalmente obtiene la ayuda necesaria, ya que tiene los amigos perfectos para alguien que carece de los órganos físicos requeridos, como articulaciones y columna vertebral. Ni pies ni garras ni aletas, pero tiene un juego de cincuenta pares de estambrosos filamentos, gruesos y útiles para tener contacto con espacios físicos, seres humanos y animales. Su forma se puede confundir con la de una serpiente, pero su eje principal es demasiado flaco y blando. Sus patitas son estambros largos y débiles. Alguna vez tuvo amoríos con un gato holandés que se obsesionó con tales patitas estrujables.

Si de su personalidad se trata es una fémina coqueta y observadora. Le gusta salir de noche, a *pubs* y centros de baile, le gusta el olor del cigarro y las bebidas alcohólicas, y tiene gran curiosidad por todo tipo de drogas. Hace unos meses estuvo viviendo con su novio El Gay, corona con flores azules de orígenes europeos. Por cierto, Tarántula viene de París, no me gusta hablar mucho con ella de su ascendencia,

no sé mucho acerca de su familia y me incomodaría que preguntara demasiado. Le gusta viajar en avión, arreglarse con broches de colores, usar lentes para ver libros y películas, y digo ver porque no sabe leer ni escribir. Pero Tarántula es inteligente. Da buenos consejos cuando se le piden y es más que nada un ser de tranquilidad, de relajamiento, de diversión y sexo responsable, nunca escaso y nunca eterno. Últimamente ha penetrado el mundo de mis sueños. En mis oníricas alucinaciones Tarántula se movía sola, sin necesitar de la mano o el cuello de alguien para enrollarse y conmutar. Era extremadamente felina y femenina y al final del sueño me reconocía y contestaba a mi frase de Te quiero como puede contestar mi mejor amiga. Tarántula es eso, una amiga, a pesar de que *our acquaintances* supongan que soy su madre adoptiva. Tara ha crecido y madurado a mi lado. Nuestros destinos se enrollan en sincrónica cuenta hacia atrás.

### *Vagones*

Las casas muestran orondas techos sin azoteas, techos sin desorden de ropa a secar, sin perros rascando el precipicio. Son techos como de escamas gruesas, azules, grises, negros. Nunca colores saltones, nunca la improvisación del cuarto pequeño, la pareja escondiéndose, el hombre fumando. Pareciera que no hay persona suelta, que hombres y mujeres pertenecen matemáticamente a una recámara, a un coche o a un vagón en el estómago del metro. Pareciera que no hay

nadie sino nosotros, pasajeros quienes admiramos la vista desde una ventana herméticamente cerrada, quienes vemos pasar los techos y las calles y el mar, allá, lejos.

Techos como pequeños botecitos de basura, con su correspondiente cubierta impecable. Como si también tuvieran la etiqueta de inflamable/plástico/latas. Pero no la tiene, no hay letras pintadas, ni números. Sólo líneas entrecruzadas, decorativos artísticos, árboles moldeados desde pequeños. Recuerdo los techos habitacionales en México, las azoteas desbordándose de perros y de pedazos de cartón y cáscaras de fruta. Las tapas coronándose de tendedores y mujeres y niños. Las cucarachas gigantes y voladoras, cruzando la frontera de un bote al otro, hacinándose en alguno que otro, porque donde come uno comen dos compadre, déjeme al chamaco. *Things may look nicer, but it's the same, the same shit inside of the little boxes* – says Tarántula.

A mi esta vista de los *techno* tecno tekno buidings me molesta. Habrá ciertos compatriotas que enloquezcan con la innovadora, hermosa, eficiente, exacta y matemática arquitectura nihon-nesa. Habrá uno que otro turista que gire su vista hacia mí y me diga señalando a la ventana: qué hermosura, qué vista, los edificios, el puente, el atardecer, qué bello. Entonces me invade la náusea, las hileras de por qué, de qué hago aquí. Si todo esto frente a mí fuera un archivo de *corel draw* yo borraría (*delete, cut, edit*) todos los horribles edificios que sabotean el mar con sus

escamas de luz. El sol, que aquí y en china (no tan lejana) parece una enorme flotante yema de huevo, se permite temblar y sonrojarse y me llama. Me dice algo, con su luznaranja me está diciendo algo. La vista del sol debe ser fascinante, qué borraría el sol del paisaje en su tiempo más veloz y más lento y más eterno. Se atraviesa una fábrica.

Yo contesto a la voz que a mi lado alaba la vista desde el monorreil de Osaka:

– Es que a mí no me gustan los edificios, me estorban. O contesto: será que a mí no me gusta ver los paisajes desde abajo.

– ¿Cómo desde abajo?

– Sí, tener que atravesar tanto cerco, techo, fierro, ventana, puentes. Incluso desde aquí, que parece una altura paralela, que parece que el sol y mi cara se encuentran directito, incluso así, no me gustan los edificios (gris, acero, aviones, humo, toneladas de pisos enfilados a romper una nube, dos, las que se atraviesen).

A mí me gustan las ciudades desde arriba, cuando tierra y verde y edificios se vuelven amalgama paisajesa. Me siento entonces como alicia en el país de las maravillas: agigantada. Será que a mí Japón ya me está quedando atrás, será que tengo que cambiar de vagón, de carreras nocturnas, de paisajes soligrisáceos. Será que mi propio vagón contestará todas mis preguntas, recuperará mis ideas abandonadas.

O más bien Japón ya me está haciendo pequeña, me está convirtiendo en un chip disfuncional incrustado en esta *matrix* panorámica y por más que yo siga maquinando como salir de la máquina, la Mano Nipona me engarra la cabeza con pinzas gigantescas y me arroja en el cesto de la basura no. 3: No Reciclable: Mi dormitorio y Tarántula.

Por tanto, he decidido abordar mi propio vagón hacia la tierra del hubiera.

#### *Unknown territory (The If-land)*

Tara insiste. No abordemos, no. Pero las puertas se abren y mis pasos avanzan. Si Japón es territorio conocido alejarme de Japón. Si Japón es el universo alejarme del universo. Si Japón no soy yo acercarme a lo que soy. En el vagón del hubiera hay muchas mujeres, algunos hombres, algunas niñas y niños. En el vagón del hubiera me veo de pie, colgada en las argollas con traje sastre, me veo sentada y descalza con un punto rojo en la frente, me veo con uniforme deportivo, con mallas y vestido corto rumbo a mis clases de japonés, con vestido escotado y zapatos altos. Todas ellas están aquí, estacionadas en el vagón del hubiera, como si en ellas el tiempo no, los años no, la conciencia menos.

Entonces aparecen las mujeres enamoradas del hombre equivocado, caminando y discutiendo frente a mi bufanda y yo, que sabemos esas mujeres soy, fui,

hubiera sido, era y otra vez soy. Mujeres con hijos, con lágrimas. Mujeres de cabello largo escribiendo canciones de protesta. Mujeres ilegales. Este vagón no soy yo, tampoco, le digo a una mujer mayor, con cara de autonomía. Tampoco yo, me responde. No se parece a mí, no ahora. A lo mejor soy otra pieza de la serie, a lo mejor ya me abandoné y me encerré en esta escenografía, tal vez.

Me asomo al resto de los vagones, todos parte de *If-land*, de otros seres, de otros japoneses. Una anciana en kimono fuma cigarros de clavo, un joven soldado pregunta algo en ruso, una niña rubia en uniforme colegial se me queda viendo mientras camina de la mano con un hombre mayor de ojos rasgados, un hombre vomita brocha en mano tratando de pintar el interior del tubo de acero. El tren se vuelve algo así como el edificio frente a la bolsa de valores en París o sus murales underground, como el graffiti en el muro de Tijuana, como una tarjeta navideña hecha pedazos, como un orgasmo fluorescente, escupitajos en el suelo, sudor, besos, carcajadas. Tarántula me planta en un sofá que obstaculiza el sendero peatonal, entre los asientos, su mirada puesta en mí, luego en el paisaje, en las casas y castillos que cada vez menos y en el verde montaña, el verde fresco que nos pertenece a todos y que ya hemos nombrado de alguna forma, en todos los idiomas. *Don't let me go, she says.*

Lo sabe. Este *leak* del universo es todo lo que yo no era, lo que ya no soy o pude mas no quise haber sido. Este vagón no es para mí. Tarántula es amiga de la

mujer que se queda en el sofá, apretujando filamentos negros, fumando insegura, flotando entre las noches y su búsqueda de pertenencia. Esa que ya no soy o más bien he decidido no ser. Esa mujer es una más mirándome con ojos que son míos. Mi reflejo frente a la puerta que se abre, mis pies que descienden, mis manos libres. Me siento y observo a una chica allá, del otro lado de los rieles, bufanda enredada en las manos retando al frío, dos extranjeros tomándole fotos al anuncio con el nombre de la estación. El verdadero territorio desconocido *is the I-land, I say*. A las doce los trenes terminan su faena y faltan cinco minutos. Froto mis rodillas, espero sin tomar fotografías. Todavía me falta abordar el vagón hacia mí misma, *in order to truly find some other pair of eyes I could lay on, somewhere else inside of me, somewhere else outside of me, maybe it wouldn't be the same, maybe, may, be.*

## EL OTRO SUEÑO

Eiko se quedó profundamente dormida, hojas e ideogramas esparcidos por la cama. No despertó cuando su marido llegó a casa y se acostó a su lado. No percibió su olor ni su abrazo. La respiración agitada de la joven no asumía una tregua. Las imágenes eran negras y grises, después se poblaron de nubes de colores y de estrellas, de rostros de cabellos largos y negros. Sintió frío.

– *Tsutomete*

Una mujer blanca le habló desde la oscuridad en un lenguaje que Eiko no comprendió.

– *Tokutoku* – insistió la mujer.

Sin saber exactamente por qué la joven apresuró el paso, pero el vestido era estrecho y sus muslos rozaban el uno al otro al avanzar. El vestido constaba de varias capas de tela; el peso de su cuerpo recaía en la punta de los pies y los talones no cabían en las pequeñas sandalias. La mujer al frente caminaba muy deprisa y su cabello negro y largo tocaba el suelo. Eiko miraba el cabello arrastrándose frente a sus pies y

perseguía esa negrura. Caminaron por veredas y por valles, por montañas y puentes de arco, por lodo y por madera, por flores y por nieve. La cabellera frenó cuando las canas empezaron a nacer. Las nubes de color tenue se petrificaron en edificios rojos y pisos de madera.

*Ko* – dijo la mujer. Eiko observó el rostro blanco cuyo cabello se redujo y nacieron capas como cascadas. Ahora terminaba en la cintura. *Ko*, repitió la mujer y su ademán le invitó a entrar a una sala de piso acolchonado.

– *Saraba, kakite* – la anciana incipiente le mostró tintero y pincel.

La joven no entendía esa lengua pero escuchó a su propia voz decir: *kakitewaroshi*.

– *Kakite* – insistió la mujer en tono imperativo

Las manos de la joven tomaron el pincel y ondularon ideogramas en el aire, sin que el pincel tocara la página blanca. El pincel se cargó de tinta y cuando tocó el papel un abultado trazo ensució las palabras. La joven no pudo leer lo que escribió.

– *Mikurushii* – dijo la dama irritada.

– *Waroshi* – respondió la joven y se llevó la mano a la boca.

Alguien llamó a la entrada del recinto. *Darekata tsunumu*, dijo la dama. *Mireba*, dijo la voz de Eiko traicionando sus pensamientos. Escuchó a un hombre en la entrada y la anciana elevó una mano en dirección a la puerta. Eiko fue y recibió un papel doblado y sellado. El cuello del hombre dejó que la cabeza abatiera de golpe, como si cayera dormida de repente. La joven hizo exactamente lo mismo y el caballero entró.

– *Ima kikoemu. Inu* – le dijo la dama y éste salió.

La mujer blanca se sentó frente a un jardín con estanque y musgo, en la angosta terraza de madera, sin dejar que su vestido traspasara los límites de la habitación. Desenrolló el papel y leyó con una voz que imitaba el ritmo en que resbalan gotas de rocío: *Miwa ikani ikani . . .* Su expresión era de sorpresa y felicidad. *Wokashi*, dijo en voz baja. Giró hacia la joven que observaba su kimono como si fuera la primera vez que lo usara:

– *Miwa ikani ikani...* – y con su ojos lo más cerca de los ojos de la joven, dijo –: *¡Iwazu!*

La joven, con voz triste, rogó: – *Shōnagon sama...*

Entonces despertó, el corazón latía con fuerza y en la penumbra busco alguna compañía. La enorme

habitación no amparaba a nadie más. Su cabello era largo y pesado, sus manos ásperas. Quiso prender la luz y no había lámpara. El futón era muy delgado... Entonces despertó, el corazón latía con fuerza y en la penumbra buscó el cuerpo de su esposo. Pero nadie más respiraba en su habitación. Papeles e ideogramas esparcidos por la cama y un aire frío que se colaba no sabía por dónde y revelaba una desnudez incómoda. Su marido debía de estar en la fiesta. Ella no puede separarse de una historia que late con olor a tierra, con pisos de madera y brochas de tinta negra... Entonces despertó. Se concibió la única persona en la enorme habitación. Soñé que mi nombre era Eiko - dijo curiosa de su propia voz. Y, dueña de la oscuridad en su bodega colectiva, volvió a dormirse.

## SHIRAHAMA

Hay una mujer en la playa. No sabemos de dónde es. A decir verdad, no importa. No sabemos cuál es la forma de sus ojos ni qué idioma le cantó canciones de cuna ni si las hubo. Podemos ver que roza tímida la piedra porosa sobre la que está sentada. Curiosa, introduce su ortejo en el agua de un mar que parece que la va a tocar y no, que la va a tocar y casi. El agua está helada. Sabemos que hay una mujer en la playa y eso no es todo. Sabemos que la mujer no habla. Los doctores han dicho que tampoco escucha. Más de una vez se le juzgó de tonta.

Pero esta mujer oye clarito el sonido de las olas estallando a sus pies en la piedra gigante y, mientras toca a su amiga inerte, sonrío. Claro, habría que aclarar en dónde sucede esta historia, habría que decir cómo llegó esta mujer a esta playa y no a otra y qué es lo que está pensando mientras toca la peña que es su confidente y no cualquier otra piedra. Sin embargo, quien esto hilvana y quien esto re-hilvana ahora leyendo vislumbran que esta mujer no tiene lengua porque ha decidido no tenerla; o supongámoslo así, ya que sabemos perfectamente que esta historia, como todo lo que nos contamos los unos a los otros, ocurre en el terreno de la imaginación... (Ah, la puta Imaginación, manoseada en su juventud por el

alfarero e interminablemente por ti, bebedor en jícaras de cuento y de novela...)

Esta mujer ve directo al horizonte, donde el azul del mar y el del cielo se unen (o se separan, cómo saberlo); el sol entra y sale a su rutina por ahí, como una mascota del patio a la cocina. Mientras toca arena, piedra, espuma, recuerda que hubo quien le hablara en el idioma de sus padres y ella, o más bien la mente de ella, dijo: no entiendo. Pero la cosa es que no quería entender, porque el idioma de sus padres sólo servía para atacar y herir a las personas y ella no quería hacer eso. Hubo también quién le habló en el idioma de los doctores pero la mujer, es decir, los gestos de la mujer, dijeron: no, no. Y los doctores dijeron palabras nunca oídas y ella no les contradijo. Es tonta, decían los niños que ya sabían andar en bicicleta, los niños que daban órdenes a los más chicos. Es tonta.

Así que aprendió a platicar con las aves y con las hormigas; con la playa, ahí donde no iban turistas; con la arena, que siempre tenía regalos para ella. Las rocas afiladas eran monolitos y por la noche las luces palpitaban sobre ellos dibujando sonrisas. También el faro y la luz de los hoteles conversaban con la joven ahora mujer. También la luz tenía cosas que decir. Y las olas, ni se diga, siempre están hablando con una, siempre. Ahora mismo las escucho mientras imagino a la mujer sentada en una piedra gigante, allá donde no hay turistas — como el que cerca de mí hace yoga de cabeza —, allá donde el sonido da la vuelta y regresa y me toca.

La mujer amarra una de sus amigas al pie izquierdo, el derecho no porque es más fuerte. Ahora veo su cuerpo flotando entre las olas más pequeñas, las que tienen miedo de estamparse con fuerza. Ahora veo su cuerpo con la infante escolta de espuma aproximarse a la arena, hinchado en baja temperatura... Pero qué cosa tan poco original ¿Eh? Se mató la mujer que platicaba con las piedras y las gaviotas. Se murió de pronto y alguien se quejará de que me estoy saltando puntos: crearán los vecinos que se mató por amor, por algún hombre (tal vez el rubio extranjero que hace yoga de cabeza, dirán las mujeres mientras lavan el arroz por la mañana). Confundirán su historia con la sirena de Anderson, cuyo amor era la espuma y no el príncipe. La espuma y su vaivén eterno... Después de todo, esa mujerpez era del agua.

Me recuesto y la escena del pueblo entero acusándola me trastorna. Esa mujer se considera maldita por las mujeres, con lenguajes y demonios en contra de la vida, con poderes mágicos. Los niños le dan comida y las niñas le hacen trenzas en el pelo. Hasta que un día un hombre quiere poseerla y ella se niega. Ha decidido no hablar con los humanos porque no quiere a los humanos, no quiere amar ni ser amada y sin embargo. El hombre forcejea, espanta a las gaviotas, grita más que las olas. Cuando la noche llega y son pocas las luces que despiertan, el hombre acaricia y golpea. Él era casado y su mujer acusa a la muda, a la tonta ésa, de ser una puta, una farsante, una vergüenza. La escena de sus trenzas sobre los

pechos sangrando, la escena de sus ojos amoratados, el pueblo entero lanzando piedras contra su cuerpo que parece uno de los monolitos: enterrado, vertical, indolente.

Después de un tiempo llegó a la peña su amiga y lloró a solas. Su cuerpo era otro, ya no le pertenecía. Está bien sola, no les necesita, pero ahora ya no está sola. El recuerdo le espina las vísceras. La mujer está cansada. Amarra una enorme piedra a su tobillo y salta. Es una especie de muelle natural, con rocas afiladas en colores miel, rojo y café, como las piedras de Los Cabos. Tal vez por eso. Antes de nacer el Pacífico éramos una sola tierra, llena de plantas y sin lengua; éramos una sola piedra afilada, bañada por sol y por salitre, como esta que ahora me acaricia, como aquella que toqué por miedo a un león marino que aplaudía hacia el bote, hacia mí y hacia un hombre inolvidable (donde lo inolvidable es algo que ya no nos acompaña).

No es difícil entender a esta mujer que niega su habla a los humanos, que platica con aves y cangrejos, con nubes y con luz. No es difícil porque también hay aquellos que hablan y que no son escuchados; aquellos que hablan y que no saben lo que dicen; aquellos que hablan y hieren a la única persona que pudiera comprenderles. No es difícil entender a esta mujer enojada con El Idioma, enconchada en un silencio, que, después de todo, nos dice algo: hay una opción, una renuncia. No es difícil si vemos como los hombres se congregan y arrojan piedras que se llaman leyes, que

se llaman guerra, contra mujeres adúlteras y naciones adúlteras. No es difícil. Sobre todo, si como quien esto hilvana, se vive en un país donde incluso al hablar su lengua te rechaza, te observa con recelo, con cautela, como si trajeras un arma a punto de ser descargada. No es difícil sentir que la palabra no vale nada, que la sonrisa puede más y que la noche no hace diferencias. Por eso el viaje a Shirahama, por eso la arena blanca y el llanto a solas en el muelle. No se puede salir todos los días y enfrentar las piedras en la cara. La roca a mis pies, igual a mi otra de Los Cabos, la cuerda hacia el tobillo, primero relajada, ahora en tensión. El agua está helada, como mi cuerpo entre las olas.

## CONVERSACIONES

*la única fórmula aceptable  
es excavar en uno mismo  
hasta encontrar el mapa.*

*Mario Benedetti*

### **CERVEZA en Ishibashi**

Z: Estudié periodismo – dijo con su japonés gutural – después trabajé un año, sólo un año, en un periódico de provincia. Más que nada problemas sociales...

(Z = Zae, china, 26 años, Y = Yo)

Y: ¿Fotografía también?

Z: Sí, sí – dijo con entusiasmo –, tomé varios cursos en Shangai.

Y: Qué envidia, yo siempre quise estudiar letras o periodismo, pero creo que ya me volví demasiado tímida para serlo.

Z: Podrías escribir artículos de economía...

Y: Tal vez... (No, más bien no)

Z: (Ella pescó unas ramitas verdes del plato común con los palillos y se las llevó a la boca)

Y: ¿Y en literatura china, qué autor me recomiendas?  
Hace unos meses leí *Shangai Baby*.

Z: *¿Shangai Baby?* ¡Wu Hei! Mmm, no es una gran novela. El público internacional cree que es revolucionaria, sólo porque habla de sexo (ríe). Es verdad que Shangai es muy diferente a Pekín o a la provincia. Pero el sexo es lo de menos. Es una novela inconsistente.

Y: El inicio me cautivó, pero el final no me gustó.

Z: Exacto. Saca una bandera blanca y dice: pero yo no soy así, ¿eh? Yo no soy como ellos, yo soy chica buena.

Y: (Nuestros palillos encarrerados sobre la diversidad de sabores en la mesa). Me gustaría escribir una novela... A veces me pregunto qué estoy haciendo aquí, estudiando algo que no sé a dónde me lleve, perdiendo mi tiempo.

Z: Te entiendo. Yo también llevo aquí varios años y tenemos la misma edad. Mis amigos están creciendo profesionalmente: escritores, periodistas, finanzas o exportaciones, lo que sea. Suben de puesto, publican libros. Y yo me pregunto qué hago aquí, en Japón. Extraño mucho mi mundo en China, me extraño a mí misma. Leo mensajes de mis amigos en internet y siento que ahí puedo verme otra vez. En ellos me reflejo y se refleja el pasado. Y me digo: ah, así era yo. Y veo el tiempo desde afuera y veo hacia a dónde voy.

Y: (Ahí yo no dije nada)

Z: Mis amigos en China sólo se ven a sí mismos, su vida, sus problemas, sólo piensan: yo, yo, yo. Un

buen escritor debe ser capaz de reflejar la vida y los problemas de seres distintos a él. Sólo las personas que han visto las cosas con sus propios ojos, que han experimentado varias posiciones en esta vida, pueden narrar desde un punto de vista más allá del propio.

Y: (Muda. Leed la definición de Y y decidme si no estoy lejos de tal instancia.)

### NICOTINA junto al río de Kioto

M: Escribir... ¿Para qué? Es más importante tener una familia. Si buscas trascendencia — que es lo que buscan los escritores — ésa es la única manera: pariendo hijos, criándolos, entregándote a ellos. Al final, ellos son los únicos que te amarán y que estarán conectados a ti, para siempre, y tú vivirás en ellos, aún después de muerta.

(M = Melissa, australiana, 23 años)

Y: Tus hijos no te pertenecen, son entidades libres que tal vez escojan no estar conectadas contigo, no prolongar tus sueños frustrados. En todo caso, si lo que buscas es trascendencia — que es la conexión después de la muerte que según tú sólo una madre alcanza — en un libro se puede vivir por siempre, y la conexión que existe entre un lector y su libro es escogida con libertad, no designada por el azar de dónde has nacido. Es una verdadera conexión. Hay autores que para mí son entrañables amigos.

M: Pero no es el autor, no es la persona con quien te conectas. Es el texto, es un conjunto de palabras premeditadas y estáticas. El autor ni te conoce ni le interesas. No hay amor verdadero en los libros, ni en quien escribe ni en quien lee, en busca de sí mismo, no del "autor". No amas ni te aman, sólo la convivencia diaria es amor verdadero. Nadie sabrá cómo te ves recién levantada, quién eres cuando no escribes, tus miedos, tus llantos en la noche, tu voz, tus ademanes. Eso no lo sabrá tu lector, ni le interesa. El amor de los hijos es el único amor verdadero.

Y: ¿Y por qué no el amor de tu pareja?

M: Esa clase de amor es como un desierto. Estás sola, siempre sola. El hombre es una ilusión, se irá cuando menos te lo esperes. Su amor por ti es mero espejismo, necesidad de compañía. El hombre está más sólo que la mujer porque no carga sus hijos en el vientre. Si mantienes tus sentidos alerta puedes dominarlo fácilmente. *Men are like little puppies.*

Y: ¿Pero qué tal si los dos se aman y confían de verdad el uno en el otro?

M: Craig es débil. No tiene dinero. Déjalo. *Heaps of rich men that you can get out there.*

### AQUARIUS en clase de inglés

B: Comes, trabajas, duermes, cagas. Eso es todo. Mueres y no hay nada.

(B = Baku, japonés, 11 años)

B: Por eso el dinero es tan importante, hay que comprar y divertirse ahora, porque la vida no dura nada.

Y: ¿Y qué quieres ser de grande? ¿Cómo piensas disfrutar de tu vida?

B: *I'm gonna be a salary man and get married.*

### CERVEZA en Ishibashi

Y: Para ti debe ser más fácil estar en Japón, puedes leer todo lo que quieras, sin problema.

Z: Entiendo todos los ideogramas, pero no puedo leer en voz alta, no se cómo pronunciarlos.

Y: Pero puedes disfrutar de un libro de poesía sin cargar el diccionario electrónico y tardarte horas como yo en descifrar un poema.

Z: Puede ser, pero extraño mi idioma. El japonés tiene el *hiragana*, me estorba.

Y: A mí me ayuda. Si no, ¿Cómo conjugaría los verbos?

Z: Eso es lo de menos. El chino es sugerente, literario. El japonés explica demasiado. A veces, con un poco de imaginación y sentido común se puede entender mejor el mundo, el de las palabras y el de las personas.

Y: El país de uno podría ser el idioma en el que se crió.

Z: Las letras son un país en sí mismo, y es tan fácil viajar por ellas.

## VODKA a escondidas en un karaoke.

(J = Joanne, canadiense, 20 años)

J: Extraño mi país.

Y: ¿Qué es tu país?

J: Naturaleza... Osaka es puro concreto; mi familia...

Y: ¿Nostalgia?

J: Bueno, a la familia había que dejarla de todas formas ¿huh?; extraño a mis amigos... *Sex and drugs!* ¡No consigo eso en Japón!

Y: *I know...* Somos tan libres. Piensa en tu madre, en tu abuela.

J: Tan libres que nos aplasta la angustia ante el mundo de opciones.

Y: Pero sin esa angustia, no seríamos libres.

J: ¿Dónde quieres hacer tu vida?

Y: Dependerá del amor.

J: Debes pensar en ti primero.

Y: Tal vez el amor sea como un lugar, como un país nuevo. Está lleno de turistas y pocos se quedan.

J: *'Cause love is beautiful, but not forever.* Así que piensa en dónde te gustaría vivir, con o sin un hombre, porque cuando él se vaya te vas a quedar sola en ese lugar que escogiste. Tu novio, Craig, ¿Querrá vivir en México?

Y: ¿Podrá uno cargar su país en la maleta?

J: Haz lo que quieras con tu país pero cuida el corazón. El desamor sí se pega en tu equipaje y duele.

## CAFÉ en el dormitorio

(N= Nadja, marroquí, 25 años)

N: Mi país es un desierto... No hay nada. Los hombres se van, a España, a Francia, a donde sea. Las mujeres se quedan, y los niños... Se quedan, se hacen hombres y se van. No hay trabajo, ésa es la cosa. Y tú... ¿De dónde dices que eres?

Y: De México.

N: ¿*Mexico City*?

Y: No, del norte, de Sonora.

N: Ni idea... ¿Cómo es ahí?

Y: Es un desierto, también, tenemos una playa donde crecen cactus en vez de palmeras, cactus con flores rojas. También los hombres se van, a Estados Unidos...

N: Yo por eso quiero vivir aquí para siempre. Me imagino en la estación de mi pueblo, la arena flotando minúscula en el aire, mi equipaje en el taxi destartado... ¿Y luego qué? No hay nada. Se está mucho mejor aquí, gano cinco veces más que mi familia entera, con *arubaito*, tú lo sabes... Me voy a traer a mi mamá. ¿A poco no piensas quedarte también?

Y: Ya me cansé...

N: ¿De Japón?

Y: *Not exactly.*

N: ¿De qué?

Y: De tener miedo.

N: ¿Miedo a qué?

Y: A los desiertos.

### **ÉXTASIS en Tokio**

*C: I love you.*

*Y: I love you, too.*

*C: Don't ever leave me.*

*Y: I won't.*

### **CERVEZA en Ishibashi**

**Z:** Hagamos una promesa, aquí y ahora: si un día vas a China, tienes que venir a mi casa.

**Y:** ¡Encantada! Tú también eres bienvenida, cuando sea.

**Z:** ¡Gracias! Shangai está a dos horas en avión pero...  
¿Dónde queda tu país exactamente?

Osaka, Japón, 2001-2003.

## ÍNDICE

La otra historia.....	05
Sin exagerar.....	37
Isoledad.....	41
Gateless Gate.....	49
Tarántula y mis ideas abandonadas.....	51
El otro sueño.....	61
Shirahama.....	65
Conversaciones.....	71

La presente impresión consta de 1000 ejemplares,  
se terminó de imprimir en octubre de 2006, en  
GEOGRAFICOS, ubicada en  
Periférico Norte No. 465, Col. Luis Encinas,  
Teléfono: (662) 262-11-08  
geograficos@hotmail.com  
Hermosillo, Sonora, México.

Se utilizó la fuente Book Antiqua en 9, 11 y 12 puntos.  
Los interiores se imprimieron en papel cultural de 45 kilos;  
los forros en couché cover de 80 libras con barniz untravioleta.  
La edición estuvo a cargo de la Coordinación de  
Publicaciones del Instituto Sonorense de Cultura.  
publicaciones@isc.gob.mx